

sacudimiento en sus nervios que parecía como sorprendido por un rayo.

— ¡Señor y dueño! — exclamó Narciso — no puede tolerarse que las vestales intercedan por las adúlteras. Dejando sin castigo el adulterio de Mesalina y la defensa del adulterio por Vidibia expones á infinitas calamidades y plagas el Imperio. Vuelve pronto en ti mismo y hiere, ó asocia tu nombre tan glorioso, en este día nefastísimo de hoy, al día último de la Ciudad Eterna.

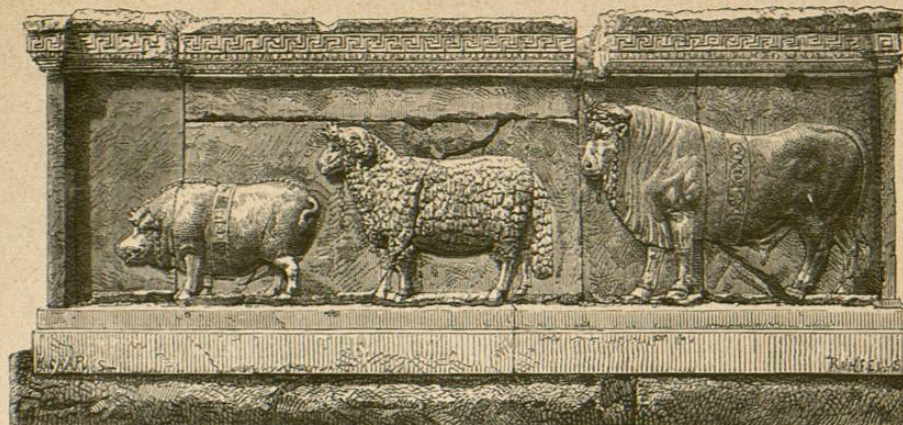
— ¿Qué debo hacer? — preguntó Claudio á Narciso.

— Entregarme por tres días el Imperio — le respondió el taimado liberto.

— Pues tómalo, Narciso, — respondió el cuitadísimo emperador.

— Soy César por tres días, temblad — gritó Narciso dirigiéndose á la emperatriz y á la vestal, que, fuera de sí, como si les hubiera sobrecogido en inesperada coyuntura terrible incendio, echaron á correr, dando gritos de auxilio y de socorro.

— Dejemos ir á Mesalina. Ya cazaré semejante liebre dentro de su madriguera — murmuró Narciso.



*Souvetaurilia* (Bajo relieve encontrado junto á la columna de Focas)

## CAPÍTULO VIII

### EL CASTIGO

Penetrado Narciso de que la perplejidad constituía el capitalísimo achaque de Claudio, le impulsaba con todas sus fuerzas al castigo de Silio y Mesalina, cuyo matrimonio como una disolución inevitable del Imperio presentaba con empeño á su vista. Pero Claudio, intimidado por todo cuanto á su alrededor sucedía, reduciase á preguntarse á sí mismo allá en sus adentros y á preguntar al mundo entero quién era él y á él qué le pasaba, como si cosa ninguna dijese á su espíritu ni determinaran en su ánimo los escándalos recientes. En tal situación, llegado el emperador con la corte al Palatino, su liberto lo llevó á casa de Silio con el fin de curarlo, constriéndolo así á fulminar la sentencia inapelable de muerte sobre los falsos novios.

— Mira, Claudio — le dijo al entrar en casa del rival; — mira los esclavos que guardaban tu vestíbulo guardando el vestíbulo de tu violentísimo heredero.

— Verdad. ¿Y cómo los han traído aquí?

— Pues por un decreto sancionado con tu estampilla, que trasladaba la casa de Claudio á la casa de Silio.

— ¡Parece imposible!

— Parecerá imposible, mas no hay una mayor verdad.

— ¿Te acuerdas, Claudio, de los joyeles más preciados, que lle-

varan tus abuelos, dones de Augusto, herencias recibidas con religioso amor del viejo Tiberio y hasta del mismo César?

— ¡Vaya si me acuerdo!

— ¿Las reconocerías?

— ¡Vaya si las reconocería!

— Pues aquí las tienes.

— ¿Y para qué las han traído?

— Sencillamente para que puedan ennoblecer la casa del adúltero.

— ¡Por Hércules, que todo esto me parece un escándalo!

— Aquí tienes tu propio manto imperial de ceremonias traído para que rebaje y tape bajo sus pliegues el crimen.

— Han de pagármela.

— En esta ménsula resplandece tu sello, puesto sobre la caliente cera de los rescriptos destinados á destituirte del Imperio.

— ¡Malvados!

— La cabeza de Augusto, admirablemente vaciada por los builes griegos en preciosa piedra, sello con el cual se autorizaron pródidas leyes en defensa de la familia, tan indispensable á los estados, y en apoyo del matrimonio, tan indispensable á las familias, esa cabeza divina se ha empleado en disolver la unión sacra con su mujer del más grande y sabio entre todos sus herederos y sucesores; del César Claudio.

— ¡Infamia semejante!

— Mira, Claudio — continuaba Narciso; — esta casa no parece lugar de un patricio erigido en cónsul por tu bondad y por tu munificencia; parece teatro de no bien acabada orgía, cual muestran velos desgarrados, lechos calientes, suelos humedecidos de los licores sobre sus losas derramados, copas apuradas por labios febriles, flores marchitas, máscaras deshechas, borrachos dormidos en todos los rincones al vapor de la embriaguez, el desorden por todas partes, el desacato á tu persona flotando sobre tanta infamia. Si tal cúmulo de irreverencias y atentados no encontrara en tu poder su castigo, bien podíamos despedirnos los tuyos, no sólo del emperador, del Imperio y hasta de Roma entera.

— ¿Qué hacer? — preguntó Claudio á Narciso en su perplejidad incurable.

— Asegurarnos de que podemos mandar con imperio y vernos obedecidos con humildad.

— ¿Cómo nos asesoraremos?

— Ahora mismo: á los cuarteles — gritó el redomado liberto.

— Á los cuarteles — repitió el servil emperador.

Y en efecto, se fueron á los cuarteles. Ninguno de los factores políticos y sociales existentes por aquella sazón en Roma llevaban tal suma de fuerzas como los cuarteles á cualquier causa. La soberanía se refugiaba en los alojamientos militares, y la legión romana

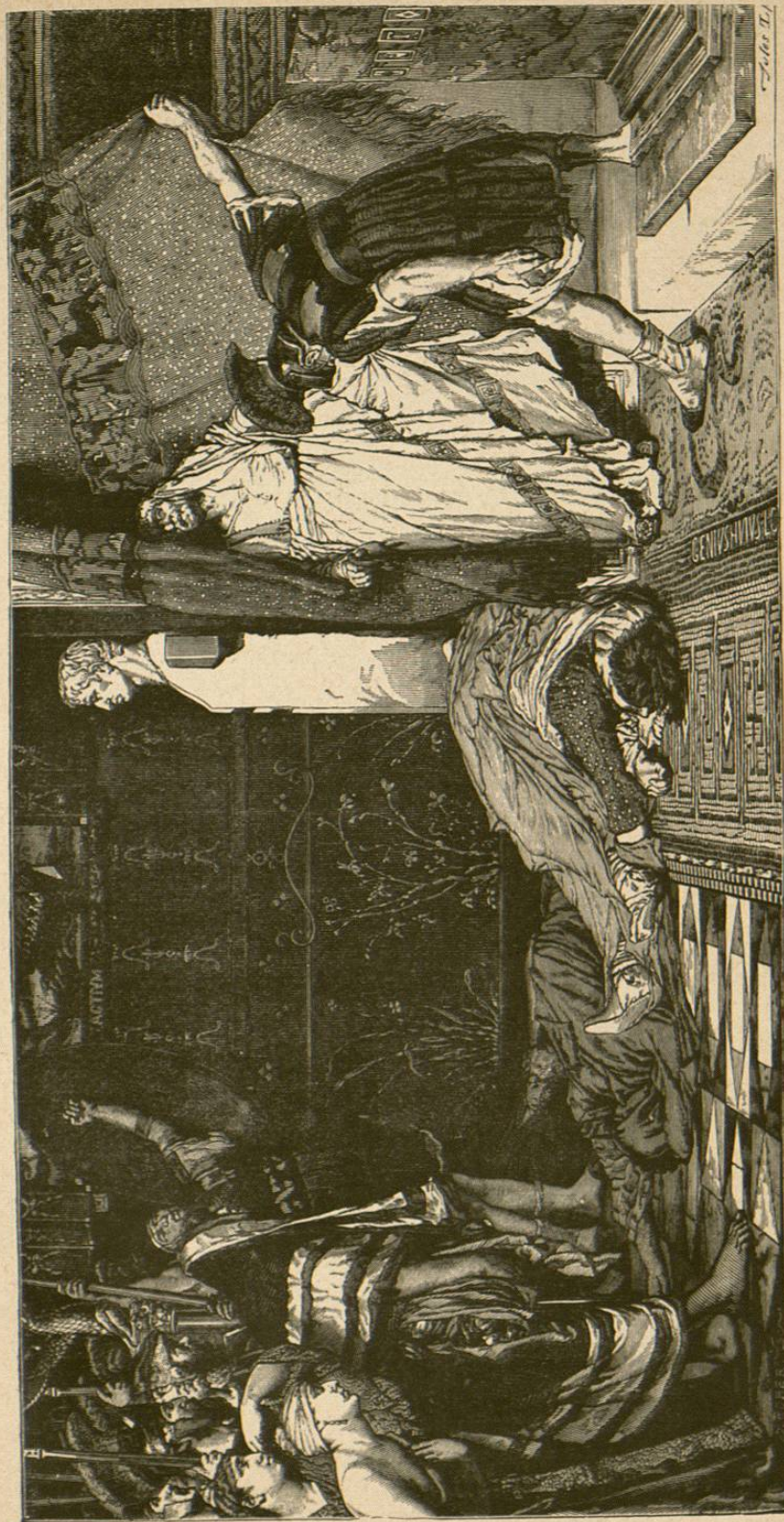


Sello del emperador Augusto

sustituía en aquella noche de todas las libertades al comicio antiguo. Cuando Julio César, pasando el Rubicón, aportó á la Ciudad Eterna los soldados proscriptos casi hasta entonces de su recinto, desaparecieron los ciudadanos libres, y los reemplazaron los pretorianos arrogantes. En ellos apoyó Marco Antonio su atentado á Bruto, y en ellos Augusto su atentado á Marco Antonio. Para sustituir Tiberio al divino Augusto y Calígula en su sazón al divino Tiberio sirvieron únicamente los soldados. Así, el cuartel reemplazó al templo, el militar al elector, los jefes del pretorio á los jefes del Senado, las espadas á los votos, el despotismo pretoriano á la República libre y civil. No había llegado por otro conducto que las legiones amotinadas Claudio al Imperio; pues en cuanto á su antecesor Calígula, una triste asonada militar lo elevó y otra no menor triste asonada militar lo derribó. Vencedora ésta, y por su triunfo asesinado Calígula, el cuitadísimo Claudio, compañero de su pariente y amigo en el trance terrible de su asesinato, huyó á los desvanes del palacio y se refugió bajo las esteras viejas amontonadas en mi-

rador altísimo. De allí lo sacó el ejército vencedor, y desde allí lo condujo al trono imperial. Ningún elemento, por ende, con la fuerza del elemento pretoriano; pero tampoco ninguno con su volubilidad. Aunque fuera Claudio su hechura, nadie sabía si estaba en camino ya el pretoriano de ir á deshacerlo; y no erraba Narciso, una vez despierta la indignación del emperador, en cerciorarse con seguridad completa de si tal indignación podía ó no fulminar sus rayos y caer con fuerza y vigor sobre las designadas víctimas. El ejército se pagaba mucho de que los emperadores le rindieran homenaje, contando con su concurso; y al ver al César y su liberto penetrar por las puertas de sus alojamientos, les aplaudieron los soldados aclamándolos entre señales de un júbilo extraordinario. Puesto así Narciso en la pista de los rebeldes, arrastró al César, sometido ya y sojuzgado, al palacio imperial, para desde allí dar las órdenes indispensables al cumplimiento de su venganza, la cual no podía satisfacerse tan sólo en Mesalina y Silio: necesitaba otras víctimas aún para saciarse, y había designado á la muerte cuantos actores varios representaron algún papel en tan extraño drama.

Mas el pobre Claudio, llegado á su palacio, sentía solamente ganas de reposo y se apartaba por completo de toda emoción penosa, trémulo cual caña sacudida por un fuerte viento. Pero Narciso, conocedor profundo en su larga experiencia y en su política sabiduría de lo que importa el tiempo en las extremas circunstancias, apremiaba, y apremiaba con urgencia, el ánimo dejado de su dueño y señor, al fin y objeto de moverlo á una insistente acción de justo castigo y necesaria venganza. Nervioso, impaciente, audaz, peleador su liberto, le podían todas aquellas largas dictadas al César por su predominante linfa y por su constitucional perplejidad. Tras las revelaciones recibidas cual botonazos de fuego; tras los embates de ideas entrechocados en su espíritu y ánimo á consecuencia de todas esas revelaciones; tras el viaje desde las orillas del Mediterráneo á Roma en trágica procesión, que discutía como un comicio ambulante las resoluciones posibles; tras el encuentro con Mesalina que había suscitado en sus venas y sangre antiguos apetitos; tras las objurgaciones de las vestales empeñadas en salvar la cabeza de su emperatriz; tras las indignaciones encendidas al soplo de las cóleras despertadas por el espectáculo visto en los jar-



Claudio oculto bajo un tapiz, á la muerte de Calígula

dines y palacios de Silio; tras la emoción fortísima experimentada como un sacudimiento eléctrico en todo su ser al presentarse ante los pretorianos, el emperador sentía tan sólo una tan viva necesidad urgente de reposo, que se caía, cual solemos decir vulgaramente, se caía por completo á pedazos. Así es que, al penetrar en su cámara, echóse todo cuanto era de largo sobre un lecho de púrpura sostenido en pies de marfil, y no quiso que nadie ya le dirigiera la palabra. Parece imposible; mas hay quien sostiene que se durmió Claudio en tamaño trance y, al verlo Narciso durmiendo, sustituyó con rapidez, él, tan despierto, la persona de César con su propia persona.

— ¡Ah de los guardas! — gritó.

— Presente — dijeron varios, apareciendo en tropel.

— Enséñame tus brazos — díjole al que le pareció más robusto.

— Míralos, Narciso.

— Nervudos. Bueno. Así los quiero. Pareces un carnicero que ha degollado muchos toros.

— Manda, Narciso.

— Escoge ocho esbirros, como tú, de los adscriptos al palacio imperial.

— Escogerélos.

— Reparte á cada cual todos los necesarios instrumentos de manzanza.

— Daréselos.

— Y dirigidos por ti, mataréis á Silio, como cabeza del motín, primero.

— Lo mataremos — respondió el esbirro sin perturbarse, cual si tratara de la cosa más vulgar y corriente.

— Después mataréis á Tizio.

— Mataremos á Tizio.

— Después á Proclo.

— Mataremos á Proclo.

— Después á Valente.

— Mataremos á Valente.

— Después á Montano.

— Mataremos á Montano.

— Después á Calpurniano.

– Mataremos á Calpurniano.  
 – Después á Virgiliano.  
 – Mataremos á Virgiliano.  
 – No acabara nunca si hubiera de castigar á cuantos atrevidos han maculado el triste lecho de Claudio. Tendría que reproducir todo el censo de Roma y designar todos los varones como habiendo yacido con tal mujer.

– ¿Tienes alguna cabeza que añadir, Narciso, á las enumeradas para este degüello?

– No.

– Recuerda bien – dijo el verdugo, como si aún le pareciese poca la carne que se llevaba entre las uñas.

– No, vete

– Se cumplirán tus órdenes.

– ¡Ah! Mira, mira, mira – gritó por tres veces Narciso, cuando el ministro de sus justicias tocaba ya en la puerta.

– ¿Se ha olvidado alguien?

– Sí.

– ¿No te decía yo?

– El cómico, el acróbata, el farsante Amester.

Apenas había dicho estas palabras el redomado liberto, apareció en la sala, sollozando á gritos, dirigiéndose suplicante á todos, arrastrándose por el suelo con las manos plegadas, una especie de titiritero, muy buen mozo por su figura de singular prestancia, pero muy descoyuntado por los empeños y los deberes de su triste oficio. Hay en la desgraciada vida nuestra seres que, por el empleo consuetudinario de sus facultades, provocan á risa, sea cualquiera la situación particular en que aparezcan. La situación por que pasaba el misérrimo farsante no podía ostentar caracteres más trágicos. Habíasele puesto el último en una lista de condenados á muerte. Al acercarse á los más calaveras, á los más regocijados, á los más cascabeleros entre los nacidos, rodéalos la muerte de aquellas sombras sublimes contenidas en sus misterios y los marca con el sello de sus grandezas. Pero las gentes acostumbradas á reirse de una persona, difícilmente llegan á creer que deben llorar ante tales bufones, aunque presten mucho motivo y ocasión al llanto con sus penas. Un mortal, que pide por su vida en trance próximo de

muerte, debe suscitar ese vivo sentimiento de compasión, á cuyo empuje solemos con suma facilidad colocarnos en lugar de todos cuantos padecen y llorar con todos cuantos lloran. El misérrimo Amester topaba en sus ruegos con una derogación á esta ley. Aunque la propia conservación le había sugerido en tanto trance palabras de verdadero dolor y actitudes y gestos de sincera súplica, no le valían; todos se burlaban de su persona. Su muerte se asemejaba, como decimos vulgarmente, á la muerte del cerdo. Las contorsiones de su dolor solamente recordaban las contorsiones de sus farsas en los allí presentes. Parecía, no que pedía con razón y sinceridad, que caricaturaba ó ponía en ridículo cualquier situación trágica en las tablas. Y como les parecía esto, reíanse á mandíbulas batientes de sus súplicas. El salón en que pasaba la trágica escena veíase casi lleno en aquel instante. Á un lado el César dormía y roncaba, cual si nada sucediera en torno suyo; á la entrada una verdadera multitud, compuesta por los criados ó dependientes de la familia imperial, se aglomeraba; en el centro estaban reunidos los jefes del pretorio y los libertos de Claudio; todos absortos en el recuento de las cabezas á segar; entre todos y sobre todos campeaba Narciso, recibiendo recados con atención y dando con autoridad órdenes.

– Yo me resistí con todas mis fuerzas á manchar el tálamo de Claudio – gritaba el farsante.

– ¡Buen bribón estás tú! – dijo el imperial é imperioso liberto.

– Si falté, ¡oh! falté compulsado por las fatalidades incontrastables del destino y por las órdenes irresistibles de Mesalina.

– No habías menester que nadie te compeliere al mal.

– Mesalina me perseguía por todas partes.

– Haberte marchado de Roma – le replicaba Narciso, que hacía de fiscal y de juez á un mismo tiempo.

– Para marcharse de Roma necesita uno marcharse del mundo. ¡Piedad!

– No hay piedad.

– Resistíme tanto á la emperatriz, que me trajeron atado del teatro á su presencia.

– ¡Embustero! – gritaron á coro los libertos.

– Aún podéis ver en mis brazos las marcas de su látigo.